

Luego bajó á la calle y encontró á Vaudrey impaciente y aburrido, acurrucado en un rincón del carruaje.

—Perdona por el mucho tiempo que he tardado en venir—le dijo Mariana.

—¿Pero has comprado algo que te guste?—preguntó Vaudrey.

—Nada absolutamente. Es un fastidio el dichoso almacén éste. Nunca se encuentra lo que una busca.

Vaudrey se asustó, temeroso de que se le ocurriese visitar otras tiendas.

Mariana se compadeció de él.

—¿Quieres que nos volvamos á casa?—le preguntó.

Y dió al cochero las señas del hotelito de la calle de Prony, en tanto que Sulpicio, sin advertir la expresión de hastío que se retrataba en el semblante de su querida, le cogía la mano y le decía:

—¡Qué buena eres!

Al otro día, Mariana llamaba á la puerta de Lissac un poco antes de la hora convenida.

—¡Exacta como un *inglés!*—pensaba la joven.

Llegó á casa de Guy muy pálida, resuelta á todo, guapísima con su vestido claro, y penetró en las

habitaciones de su antiguo amante, con la cabeza erguida como quien entra al asalto en una fortaleza. De allí no saldría sin reconquistar sus cartas.

Solamente aquellos pedacillos de papel la tenían como encerrada y empaquetada en su pasado; quería librarse de ellos desgarrándolos con los dientes. ¿Y si Guy se negaba á devolvérselos? Imposible, aunque realmente fuese muy amigo de Rosas. Porque entre la gratitud hacia una mujer y los deberes de la amistad para con un hombre, no se puede vacilar cuando se trata de un parisiense corrompido como Lissac.

—¡Su afecto á José no llegará hasta el desprecio de todo lo que yo le dé!—pensaba Mariana.

Luego, encogiéndose de hombros:

—La verdad es que estos hombres tienen entre sí una masonería, como decía él la otra noche.... ¡Y luego hablaba de la fraternidad que reina entre nosotras, entre las mujeres!.... ¡Pues no es nada, comparada con la de ellos!

Guy no pareció descontento cuando el criado le anunció á la señorita de Kayser. La estaba esperando. Porque mientras él tuviese en sus manos una prueba fehaciente de las pasadas locuras de Mariana, era imposible que ella no fuera á pedirselas cualquier día, amenazándole ó suplicándole.

La carta que recibiera la noche antes le dijo que esto sucedería aquella mañana.

Cuando ella entró, Lissac estaba acabando de vestirse. Sus guantes de piel de Suecia se hallaban encima de un veladorecito al lado de su sombrero, de su bastón y de una bandejita de bronce y cristal donde se veían botones y rosetas de condecoraciones extranjeras, y sobre todo, unas rojas con una crucecita de oro en el centro.

—¡Apuesto á que os ibais!..... ¿No habéis recibido mi carta?

—Mi querida Mariana—contestó Guy arreglándose tranquilamente la corbata—precisamente es esa la misma pregunta que tuvisteis á bien dirigirme el día que os presentasteis en mi casa después de muchos años de ausencia. Tenéis una manera de anunciaros que es demasiado modesta; por mi parte os aseguro que os espero siempre, y siempre con impaciencia. Pero mucho más hoy, á causa de vuestra deliciosa esquelita de ayer.

Conocía á Guy lo suficiente para no dejar de saber que bajo aquella exquisita galantería se ocultaba una amenaza de guerra. No contestó, sonrió, y de pie delante de la chimenea se calentó un momento acercándose á la llama que jugueteaba caprichosamente entre los troncos de encina.

—Sois muy bueno y muy fino—dijo por fin. Por eso os quiero tanto..... ¿Os reis?..... Pues sí señor, os quiero mucho..... Sí, á pesar de..... ¡De todos modos me parece que no tenéis motivos para quejaros de mí!

Y se volvía graciosamente, apoyando la mano izquierda en el elegante lambrequin de la chimenea y dirigiendo á Guy una mirada dulce, llena de recuerdos amorosos.

—Jamás me he quejado—dijo el joven—y por el contrario, muchas veces os he dado las gracias.

Mariana se echó á reir al ver el aire discreto y ceremonioso que adoptaba Lissac.

—¡Qué tonto eres!..... Nos hemos querido muchísimo, y en nombre del amor que nos tuvimos vengo á pedirte un favor.

—Pues hablad, mi querida Mariana—respondió Lissac como si no hubiese advertido que lo tuteaba.

A la fría y ceremoniosa actitud de Guy contestó Mariana con una expresión de cariño y de ternura extraordinaria. Le miraba apasionadamente, como si titubease, intimidada, buscando la mirada de Guy y suplicándole con los ojos.

—¡Es muy largo lo que tengo que deciros! Temo.....

—¿El qué?

—No sé. ¿Tenéis prisa? Acaso os molestaré.

—No por cierto. Voy á almorzar al Círculo, daré una vuelta por el Bosque de Bolonia, y de allí me iré á los *Mirlitons* (1) á ver la inauguración. Ya véis que no tiene mérito ninguno dedicaros un día en que nada tengo que hacer.

—¿Qué se dice este año de la Exposición de los *Mirlitons*?—preguntó Mariana con afectada indiferencia.

—Se asegura que será muy buena. Se trata de una colección de cosas que se va á vender á beneficio de la familia de un artista. ¿Queréis venir conmigo? Empieza á las cuatro.

—¡No, muchas gracias! Y os repito que no quisiera molestaros, mi querido Guy. Bien sabéis todo lo indiscreta que soy dándoos citas.

Mientras hablaba, jugueteaba casi maquinalmente con los botoncillos de las condecoraciones que había en el sortijero, cogiéndolos y dejándolos caer otra vez por entre los dedos.

—¿Es esto vuestro?—dijo.—Acercaos, os condecoraré yo misma.

(1) Nombre de una sociedad de escritores y artistas, establecida en París, y famosa por sus exposiciones y fiestas anuales.—*Nota del traductor.*

Y se aproximó sonriente á Guy. Y con el cuerpo pegado al suyo lo retuvo un momento, cogido por la solapa de la levita y lanzándole miradas cargadas de efluvios que le hicieron palidecer densamente.

—¡Qué ocurrencia Mariana! ¡No siempre me pongo esas cintas!

—Una niñada. Me acuerdo que fui la primera que os puso en el ojal una condecoración extranjera que os había conseguido Rosas y que os trajo él mismo al volver de uno de sus viajes.....

Mariana pronunció aquel nombre con osadía, como si proyectase dar en seguida la batalla.

—¡Os sentaba muy bien!—siguió diciendo. Estas cintas son para vosotros lo que para nosotras las joyas..... no sirven de nada, pero adornan.

Había colocado en el ojal una roseta roja, y al bajar la cabeza, Guy vió aquella frente, aquellos cabellos rubios al alcance de sus labios!

De Mariana salía un perfume, el perfume á heno que tanto le gustaba, y los dedos de aquella mujer puestos sobre su pecho, de aquella mujer á quien dos noches antes había estado haciendo rabiar en el teatro, le causaban una sensación irritante. Separóse suavemente, en tanto que Mariana le repetía que la condecoración le sentaba muy

bien, y entonces ella dejó caer sus manos en las manos de aquel hombre, que se las sintió estrechadas por ella dulcemente.

Luego, inclinándose hacia él y bajando la voz,

—¿Sabes por qué he venido?—le dijo.—Ya sabes que tengo mucho de loca. Pues bien, la otra noche en el teatro, picarón, todo mi amor hacia tí renacía en mí cuando me abofeteabas con tus palabras irónicas, en el palco..... ¡Ah! ¡qué tontas somos las mujeres!..... ¿Te acuerdas los felicísimos días que hemos pasado juntos? ¿Dí, Guy? ¡Eso recuerdos no se van nunca! ¿No te se ha ocurrido jamás el deseo de reproducir aquellas escenas de amor? ¡Eran tan deliciosas!

Lissac sonrió nerviosamente y se estremeció sin poderlo remediar, procurando echarlo á broma, pero sintiendo que perdía la fortaleza de repente ante aquella mujer, á la cual preferiría ver enfadada y furiosa con él.

Ahora hallaba en ella perfumes casi olvidados, sensaciones de goces inexplicables que se habían ido con los años juveniles. Aquel apretón de manos traía á su memoria el recuerdo de noches deliciosas. Lissac entornaba los ojos, un calor inexplicable se le subía á la cabeza, y sin embargo, aun le quedaba bastante sangre fría para decirse

que aquella mujer llevaba algún fin, al acercarse á él, hablándole enamorada, sin sentir amor, despertando recuerdos de goces frenéticos, sin que sus sentidos los hubiesen menester, ofreciéndose á él, apasionada, sin experimentar seguramente pasión de ningún género.

—Tú fuiste quien me dejaste, harto, habiendo tomado todo lo que yo podía darte—decía ella.— Y ¿sabes una cosa, Guy? ¡Pues, dentro de cada mujer hay otra mujer, y por eso existe gran diferencia entre la Mariana de hoy y la Mariana que fué tu querida! Te aseguro que si fueses mi amante otra vez, no me abandonarías como entonces.

Tentaba por la curiosidad á aquel hombre acostumbrado á las conquistas amorosas fáciles y de ocasión. Lissac preveía un peligro, pero encontraba allí, al alcance de sus labios, besos apasionados, un ardimiento que suplicaba, una voluptuosidad que se le ofrecía ardiente de promesas. Cogió con cierta especie de rabia á aquella mujer que le recordaba todas sus alegrías, todos sus goces pasados, y que bruscamente, como presa del febril delirio del deseo, se desabrochaba el vestido, se arrancaba el corsé, poniendo al descubierto, con la insolencia de la belleza que sabe que es irresistible, las blancuras de sus brazos, el brillo

de sus ebúrneos senos, el esplendor luminoso de su carne, envuelta en las deshechas trenzas de sus cabellos, apareciéndosele lo mismo que en otro tiempo, con la cabeza echada en aquella almohada de seda azul y mezclando con sus besos, duros como mordiscos, sus exclamaciones de amor. La mujer guapa, imperiosa y altanera convertíase bruscamente, casi sin que hubiesen hablado, en la mujer sumisa, arrastrada, como por un lascivo frenesí; y Guy, con la cabeza perdida, sin poder razonar, silencioso, ignoraba si era Mariana la que le pertenecía ó si era él el que pertenecía á su antigua querida, convertida en su querida actual.

La estrechaba contra su pecho y la contemplaba, y le parecía que acababa de sufrir el enloquecedor contacto de una cortesana en su lujoso burdel.

Aquel fué un despertar inmediato y furioso. Ella se había entregado bruscamente. Él se reaccionaba lo mismo. Contacto rápido de dos carnes y repugnancia inmediata de dos seres.

Jamás Guy, al despertar una mañana después de una noche de crápula en los brazos de una mujerzuela, jamás había sentido más repugnancia.

¡Qué cobardía la suya! ¿Era la querida de Vaudrey, ó la prometida esposa de Rosas, la mujer que se le había entregado?

Sentía un profundo disgusto de sí mismo, y sin embargo, era como siempre adorable y estaba hermosa y joven como si no hubiese pasado día por ella.

Pero, con una claridad atroz, adivinaba Lissac que le sería necesario cometer alguna infame cobardía para pagar aquella debilidad pasajera, y avergonzado de sí propio se arrancó de los brazos de Mariana, en tanto que ella, sentada en la cama y echándose atrás sus destrenzados cabellos que se le venían á los ojos, lo miraba con expresión extraña y le preguntaba:

—¿Qué es eso?..... ¿qué te sucede?.....

Levantóse lentamente, poniendo los pies en la alfombra en tanto que él se acercaba al balcón y se ponía á mirar al patio distraidamente. Entre aquellos dos seres, un momento antes abrazados y confundidos en un espasmo de placer, surgía de repente una frialdad espantosa, como si uno y otro adivinasen que iba á sonar el momento brutal del saldo de cuentas. ¡Los besos y el placer se pagan!

Mariana, medio desnuda y de pie delante de un armario de luna, se arreglaba el cabello. Sus hombros blanquísimos, su seno aun palpitante y como oprimido, aparecían por el escote del finísimo canesú bordado de su camisa. Instintivamente se

miraba la muñeca, y echando de menos una de sus pulseras, se dirigió á la cama á ver si se le había caído.

—¡Guy!—dijo de pronto con cierta brusquedad que procuraba hacer acariciadora;—jurad que no me negaréis lo que voy á pedir.

—Os lo juro.

Y ya ni el uno ni el otro se hablaban de tú, con la mayor naturalidad, como si tuviesen el presentimiento de que después de la conjunción de los dos seres, sus individualidades reales, independientes de las sorpresas y del brutal deseo de los sentidos, chocarían otra vez, dejando ver el odio y el desprecio que se profesaban.

—Quisiera que nuestro cariño, que es muy grande, ¿no es verdad, Guy? datase solamente del minuto de placer que acabamos de pasar.

—¡Yo no lamento el pasado!—dijo él.

—Ni yo. Y sin embargo quisiera borrarlo por completo.

Entre sus blanquísimos dedos había cogido algunos pelillos caídos de su abundante cabellera, y los retorció para tirarlos á la lumbre de la chimenea.

—¡Y quemarlo como quemo estos pelos!

—¿Quemarlo?—repitió Lissac.

Se había separado de la ventana, y acercándose á Mariana sonreía también.

—¿Por qué quemarlo?..... ¿Porque hay en él un peligro ó un fastidio?

—Las dos cosas—respondió ella.

Permaneció un momento silenciosa, subiéndose con la punta de los dedos el bordado de la camisa, y luego, mirando á Guy con ternura como una acreedora de amor.

—¿Guardáis mis cartas, amigo mío?—preguntó.

—¿Qué cartas vuestras?

—Las de aquellos tiempos.

—¡Ah! sí—dijo él.—¡El pasado!

Entonces lo comprendió todo.

—¿Veníais á pedírmelas?

—Y confesaréis que he sido muy amable no pidiéndooslas..... por adelantado.

—¡Habéis sido..... generosa!—contestó Lissac con amable sonrisa.

Abrió un cajón de su escritorio, en el cual dormían el triste sueño de las cosas olvidadas, unos paquetitos de cartas atados con cintas de seda.

—¡Aquí tenéis vuestras cartas, mi querida Mariana! Pero os aseguro que no debíais temer nada, porque jamás hubieran salido de aquí.

En los ojos de la joven brilló un relámpago de

alegría. Se acercó lentamente como si temiera que Guy no se las fuese á dar, y alargando el desnudo y torneado brazo cogió los paquetes con viveza.

—¡Mis cartas!

—Toda una novela —dijo Lissac.

—¡Pero sin epílogo! —contestó ella dirigiéndole otra mirada amorosa.

Colocó las cartas sobre el lambrequín de terciopelo de la chimenea, y acabó de vestirse apresuradamente. Luego, cogiendo entre sus dedos aquellas esquelas encerradas en pequeños sobres con sus iniciales, y de las cuales se escapaba aún cierto vago perfume de mujer, las contempló un momento y dijo á Lissac.

—¿Las habéis leído algunas veces después?

—Me las sé de memoria.

—¡Pobres cartas mías!..... ¿Sabéis que era muy sincera cuando las escribía? ¡Deben ser muy candidas y muy apasionadas! Las vuestras, que quemé hace tiempo, eran demasiado espirituales é ingeniosas. Recuerdo que un día me escribáis desde Holanda: «Me paso la vida entre las obras maestras de arte, pero mi pensamiento está muy lejos de ellas»; y otra porción de galanterías muy bonitas, pero demasiado rebuscadas. Todo esto os lo

digo para que sepáis que la literatura no perderá gran cosa con la desaparición de mis patitas de mosca.

Tiró bruscamente las cartas á la lumbre de la chimenea, y contempló aquellos papeles, que se retorcieron un poco, manchados al principio de lunares rubios y tostados, envueltos en un ligero humo, y que luego ardieron, formando llama, la cual al reflejarse en el lindo rostro de Mariana le daba un encanto singular.

Poco á poco no fué quedando sobre los troncos de leña que ardían en la chimenea más que un polvillo negruzco, que revoloteó un instante como un velo mortuorio agitado por el viento, y que se escapó en seguida por el cañón de la chimenea; polvo de amores muertos, ceniza de juramentos, negra como un crespón de luto.

Mariana contemplaba cómo ardían sus cartas, con la frente inclinada, con una sonrisa extraña en los labios, y algo así como una expresión de triunfo en la mirada.

Cuando todo hubo concluido, levantó la cabeza, se volvió hacia Guy y con voz vibrante, altanera é insolente le dijo:

—¡*Requiescat!* ¡Así concluye todo! Hace tiempo que los enamorados, cuando dejan de estarlo, in-

ventaron la cremación. ¡En este mundo no hay nada nuevo!

Ya no era la misma mujer. La especie de humildad acariciadora con que hablaba un momento antes, trocóse en un tono de irónico desafío y en una mirada insultante para Lissac, como la de quien ha conseguido una victoria contra alguien á quien trataba de engañar. Él se mordió los labios ligeramente, se frotó las manos una contra otra y empezó á examinarla de soslayo y sin afectación.

La expresión irónica de la mirada de Mariana le anunciaba por anticipado todo lo que le iba á decir ahora.

No era la primera vez que veía aquel cambio de fisonomía en una mujer, antes y después de la devolución de una carta. A Guy hacía ya mucho tiempo que no le asombraba nada, tratándose de las mujeres.

— Ahora, querido — dijo Mariana — espero que me hagáis el favor de dejarme perseguir en paz mi objetivo, y que no volveré á tener el disgusto de encontraros en mi camino.

— Confieso — contestó Lissac — que sería el más ingrato de todos los hombres si no olvidase muchas cosas en recuerdo de lo que os debo, así en el presente como en el pasado. Vuestras cartas, que-

madas y todo, perfuman todavía esta habitación.

Mariana dió un golpe con la punta del pie á los troncos de leña á medio arder, y los restos de papel revolotearon alrededor de su botina como pequeñas mariposillas negras.

— ¡Hubiese querido destruir el pasado como he destruído esas cartas! ¡Me pesaba! ¡Me ahogaba! Porque supongo que no habréis creído que os perdoné jamás el haberme abandonado y las consecuencias que eso tuvo para mí.... Estuve en peligro de revolcarme en el fango, y la culpa era vuestra, porque os había amado y vos me abandonasteis, como se abandona á una mujer de vida airada.... Esas cosas, querido, no las olvida jamás una mujer, y os lo hubiese echado en cara muchas veces como lo hago ahora, si me hubiera sentido libre, libre como me siento ahora que ya se han quemado esas cartas: mis pobres cartas de querida estúpida que se fía de su amante harto ya y cansado, sin pensar más que en huir, cuando ella aun sentía deseos vehementísimos, verdadera embriaguez de entregársele. Y porque yo os había amado, ¡sí, eso es! porque yo había sido vuestra querida, os habéis creído con derecho á impedir que me casase con quien yo quiero y que saliese de la abyección en que he vivido, tal vez por vues-



tro egoísmo. Pues, amigo mío, eso no puede ser, y no será. No os decía nada, porque existían esos pedacillos de papel que hubieseis tenido la cobardía de entregar á Rosas, y en los cuales cada renglón demostraba hasta la evidencia que había sido bastante tonta para amaros con locura, con frenesí.

—¡Jamás los hubiera visto el señor de Rosas! —contestó Lissac con frialdad.

Ella parecía no oírlo.

—Pero ahora, ¿qué? Gracias á Dios—continuó Mariana— ya no existe nada; me habéis entregado esas cartas de que no debíais haberos deshecho nunca. Y os las he pagado con nuevas caricias, con una última prostitución! Conque está todo dicho, ¿no es verdad? Y espero que estos dos seres que han cambiado hoy besos sin amor, besos de cortesana asalariada, no se volverán á ver, ó si se ven, harán como que no se conocen. Ya no hay nada común entre ellos, nada, absolutamente nada. ¿Lo oís? ¿lo entendéis bien?

Guy no contestaba.

Se retorció el bigote y seguía mirando á Mariana sin responder y sin alterarse.

Esta flema, sin duda alguna ficticia, irritaba á la joven.

—Id á ver al señor de Rosas ahora—dijo.— Decidle que he sido vuestra querida, y no os creerá.

—Estoy persuadido de ello—respondió Lissac con entera frialdad.

Ella comprendió que aquella calma envolvía una amenaza. Pero ¿qué tenía que temer ahora?

Su mirada irónica buscó la de Guy para desafiarlo frente á frente y gozar de su derrota.

—¡Conque adiós!—dijo de pronto.— Espero que ni siquiera nos volveremos á ver jamás.

—¿Cómo ha de ser eso—contestó Lissac riendo— estando en París los dos?

Y cogiendo una silla se sentó, entretanto que Mariana de pie se ponía los guantes.

—Mi querida Mariana, os doy mi palabra de que, para ser una mujer tan enérgica y tan fuerte, sois demasiado confiada.

—¿Yo?

—¡Y crédula! Por lo visto me habéis supuesto de una sencillez digna de la edad de oro. ¿Es posible?.... ¿Un parisiense agangrenado como yo había de dejarse burlar como un colegial por una mujer, siquiera sea tan seductora como vos? Pero, querida amiga, la primera regla en asuntos de esta clase es no abandonar todas las armas hasta

que está uno seguro de que la paz está firmada y que no hay que temer nuevos ataques. Vos habéis enseñado demasiado pronto vuestras afiladas uñas. ¡Demasiado pronto, hija mía! Hay aquí en un cajoncito una ó dos cartas todavía; exquisitas, perfumadas, elocuentes, y esas cartas sólo os las hubiera entregado si hubiéseis seguido siendo amable. Era mi reserva. Esto es elemental: no se moja toda la pólvora de una vez, y tampoco se queman de una vez todos esos preciosos autógrafos. ¡Demasiado preciosos! ¿Os dignaréis saludarme cuando me encontréis por ahí, señorita Mariana? Decídmelo ahora.

Ella había quedado inmóvil, como helada, pálida hasta la lividez.

—¿De modo que os habéis reservado?.....

—Sí, una posdata.

—¿Mentís ahora, ó habéis mentido al entregarme las cartas?

—Ni antes ni ahora, puesto que no os dije que las cartas estuvieran completas. Lo siento, pero me habéis obligado á conservar mis baterías, descubriendo las vuestras con demasiada precipitación.

Mariana, encolerizada, se quitó los guantes.

—Si no me dais en seguida todo lo que tengáis

mío, sois un cobarde, señor de Lissac, ¿lo oís? un cobarde.

—¡Oh! vuestras injurias no tienen más importancia para mí, que vuestras caricias; pero á la verdad, son menos agradables.

Mariana comprendía que se había quitado la máscara demasiado pronto, y que Lissac no se dejaría seducir nuevamente por sus caricias ni desarmar con sus amenazas. Era una batalla perdida.

¿Perdida, ó comprometida nada más?

Miraba en torno suyo con impotente rabia, como una fiera encerrada en una jaula. ¡Sus cartas, las últimas cartas suyas que quedaban debían estar allí en alguno de aquellos muebles, cuyos cajones hubiese de buena gana descerrajado con sus uñas!

Había tirado los guantes al suelo y maquinalmente desgarraba con los dientes su finísimo pañuelo de batista, que ya estaba hecho trizas.

—Tened cuidado con lo que hacéis, Guy—dijo por fin, lanzando á Lissac una mirada de odio.—Esas cartas os las he comprado, porque os repito que os odio y me he entregado á vos; me debéis esas cartas como deberíais unos cuantos duros á cualquier mujer de por ahí, que hubieseis tenido un rato en vuestra cama. ¡Si no me las dais, os las quitaré!

—¿De veras?

—Os lo prometo.

—¿Y si las hubiese quemado?

—Mentís; las tenéis aquí; las habéis guardado. Os habéis conducido conmigo como un ladrón.

—Vamos, Mariana—dijo Lissac con frialdad—veo que he hecho muy bien conservando algún arma contra vos. ¡Decididamente sois peligrosa!

—¡Más de lo que creéis!—dijo ella.

Él se apartó para dejarla pasar, al ver que se dirigía hacia la puerta.

—¿No queréis devolverme mis cartas?—dijo ella en el dintel de la puerta con la voz seca y amenazadora.

Guy se agachó; recogió los guantes que la joven había tirado al suelo, y entregándoselos, dijo:

—Creo que esto es vuestro.

El tono era de una cortesía insolentemente exquisita.

Mariana cogió los guantes, y como una última injuria, como una bofetada en la mejilla, los tiró á la cara de Guy, que se apartó, haciendo así que los guantes fuesen á parar á la cama, donde poco antes se habían confundido en un beso de amor, aquellos dos odios á muerte.

—¡Miserable, cobarde!—dijo Mariana, envol-

viendo en una mirada de desprecio toda la persona de Lissac, que permanecía de pie, pálido, pero bur-lón, con el monóculo pendiente de un cordoncito de seda que caía sobre la cinta de la condecoración que llevaba en el ojal de la levita.

Y aquella roseta roja, que parecía una pincelada de bermellón sobre un fondo negro, penetró como un punto luminoso en los ojos de Mariana, quien lívida, con los labios temblorosos, pasó con la cabeza alta por delante del criado que se precipitaba á abrir la puerta, y bajó la escalera diciéndose para sus adentros con cólera reconcentrada:

—¡Vengarme! ¡vengarme! ¡Ah! ¡vengarme!

Tomó un coche.

—¿A dónde?—preguntó el cochero mirando con expresión picaresca á aquella mujer pálida y como asustada.

Ella no contestaba, como si buscase una idea.

—¿A dónde?—repitió el cochero.

El semblante de Mariana se estremeció y vióse repentinamente animado por una expresión de alegría inmensa. Bruscamente gritó al cochero:

—¡A la Prefectura de policía!